

Madame de Rémusat  
LAS GUERRAS PRIVADAS  
DEL CLAN BONAPARTE

Traducción, introducción y notas  
de Xavier Roca-Ferrer

arpa



«No existe ningún gran hombre para su ayuda de cámara porque el ayuda de cámara tiene su propia manera de entender y medir la grandeza».

LEÓN TOLSTOI, *Guerra y paz*

«Napoleón tenía una gran debilidad por su familia. Buen hijo, buen padre, con los matices que suelen apreciarse en el interior de las familias burguesas italianas, soportaba los desbordamientos de algunos de los suyos sin desplegar una fuerza de voluntad suficiente para detener su curso, cuando debería haberlo hecho en su propio interés».

METTERNICH, *Memorias*

«Como su personalidad se expresa en cada paso de su carrera política, sus ideas como fundador de Estados y como legislador, su actitud respecto a la revolución y a la monarquía legítima, respecto al orden social y al problema de Europa, constituyen otros tantos medios eficaces de representación. En cambio, poco importa el curso de las batallas y el estado de las naciones europeas a la sazón, mientras solo se manifiesten en coaliciones o antagonismos tan mudables como el tiempo. [...] Cada divergencia de opinión con sus hermanos o su esposa, cada hora de melancolía o de arrogancia, sus accesos de ira o de emoción, sus astucias con el enemigo y sus bondades con el amigo, cada palabra a los generales o a las mujeres (tal como aparece registrado en sus cartas y conversaciones auténticas), nos han parecido más importantes que el plan de la batalla de Marengo, las cláusulas de la paz de Lunéville o los detalles del bloqueo continental».

EMIL LUDWIG, *Napoleón*, «*Post scriptum*»

«Suele olvidarse con demasiada frecuencia que Napoleón no llegó solo a Francia: llega rodeado de un clan familiar hambriento y ambicioso de poder. Al principio hubiera bastado a su madre y a sus cuatro hermanos sin empleo que su protector, Napoleón, se hubiera casado con la hija de un fabricante rico para proporcionar a las muchachas vestidos de lujo. Pero ahora, que ha llegado inesperadamente a tan alto poderío, se agarran todos a él para que eleve a toda la familia. También quieren ascender a su gloria, quieren hacer un usufructo familiar de los Bonaparte

de toda Francia y luego de todo el mundo. [...] Y con sus constantes intrigas le separan cada vez más de sus antiguos camaradas, de sus viejas ideas y le apartan de la república y de la libertad empujándole a la reacción y al despotismo».

STEFAN ZWEIG, *Fouché*

«En las distintas ocasiones en que nos encontramos durante su estancia en París me di cuenta muy pronto de que su personalidad no se podía definir recurriendo a las palabras de que nos solemos servir. (Bonaparte) no era ni bueno ni violento ni dulce ni cruel a la manera de las personas que conocemos. Aquel ser, imposible de comparar con nadie, no podía sentir ni despertar simpatía alguna. Era más que un hombre o quizá menos. Su aspecto, su carácter, su espíritu, su lenguaje estaban marcados por una naturaleza inclasificable (une nature étrangère), una ventaja adicional para subyugar a los franceses, como hemos observado en otras ocasiones».

MADAME DE STAËL, *Consideraciones sobre la Revolución francesa*

«¿Cómo describir o explicar a este hombre, por más que lo hayan intentado una y otra vez? ¿Y cómo caracterizar a Napoleón? ¿Como un Hitler? ¿Como un Prometeo? Ambas analogías han sido utilizadas y también la de Jesucristo, pero el hombre que descansa en la tumba de los Inválidos se encuentra muy lejos de todos ellos. Podría decirse que Napoleón es una personalidad inacabada, como Hamlet y, como Hamlet, un rompecabezas lleno de contradicciones, a la vez sublime y vulgar».

STEVEN ENGLUND, *Napoleon. A political life*

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
LAS GUERRAS PRIVADAS DEL CLAN BONAPARTE	
I. Los Rémusat en la corte consular (1802-1803)	49
II. Guerra en el horizonte (1803)	78
III. Breve intimidad en Boulogne-sur-Mer (1803)	90
IV. Celos (1803-1804)	102
V. Secuestro y ejecución de Enghien (1804)	115
VI. La fundación de un imperio (1804-1805)	129
VII. Odios entrañables (1804)	143
VIII. El proceso del general Moreau (1804)	149
IX. Fastos y miserias de una coronación (1804)	159
X. El papa en París (1804)	172
XI. Infidelidades imperiales (1804-1805)	181
XII. Entre Saint-Cloud e Italia (1805)	195
XIII. Austerlitz y sus consecuencias (1805)	203
XIV. La vida cotidiana en la corte de Napoleón I (1806)	217
XV. Mariscales y bellezas de la corte (1806)	229
XVI. La campaña de Prusia (1806-1807)	235

xvii. Malas conciencias (1807)	244
xviii. Los Talleyrand y una boda real (1807)	255
xix. La corte en Fontainebleau (1807)	264
xx. El divorcio amenaza (1807-1808)	280

#### APÉNDICES

I. Cronología selecta	297
II. La familia Bonaparte	311

## INTRODUCCIÓN

*«Donec eris felix, multos numerabis amicos.  
Tempora si fuerint nubila, solus eris».*

OVIDIO (*Tristia* I, 9,5).

### SOBRE LA INGRATITUD

Estos dos versos del poeta romano Ovidio, en un tiempo favorito de Augusto y luego caído en desgracia, son quizá la «cita» referida a la ingratitud más repetida y socorrida de la literatura occidental. «Mientras seas feliz, tendrás muchos amigos, pero si el tiempo se nubla, estarás solo». Para entenderla mejor, hay que leer la palabra «feliz» como «amigo de los ricos y los poderosos». La amistad con el hombre feliz que no llevaba camisa de la fábula no ha perjudicado nunca a nadie.

Si bien la ingratitud es una constante en la historia de la fragilidad humana y se ha dado en todas las esferas, ha sido en épocas caracterizadas por cambios políticos y económicos bruscos cuando más se ha practicado. Dada la tendencia, también humanísima, de subirse al carro del vencedor para aprovecharse de sus laureles, hábito con frecuencia practicado por aquellos que, antes del éxito, fueron sus peores enemigos, la caída del vencedor de hoy, tantas veces inesperada, y el encumbramien-

to, no menos inesperado, de otro nuevo (o viejo y recuperado) suele dar lugar a mutaciones de lealtades a veces sorprendentes. Llámesele chaquetero, *traître*, oportunista, *volte-face*, *flip-flop* o como se quiera, la aparición de esos personajes (a veces a miles) cuando se ha perdido una guerra o una revolución es una constante en la historia de la humanidad desde Mesopotamia.

Seguramente determina este tipo de conductas el instinto, también humanísimo, de supervivencia y el deseo de no ser condenado con los perdedores, cuando no el de conservar unos privilegios o un bienestar preadquiridos o, simplemente, la necesidad de seguir comiendo tres veces al día. Con todo, a veces se produce un desencanto auténtico en relación con la fidelidad anterior que puede justificar el transfuguismo, pues no todos los sanpablos de la historia se han caído del caballo por interés. Ahora bien, una cosa es cambiar de bando y apuntarse a la nueva situación (a veces con el convencimiento de que es objetivamente mejor), y otra muy distinta atacar despiadadamente al caído, cuando de él se han recibido incontables beneficios.

Es probable que la ingratitud de Madame de Rémusat, que puede llegar a asombrarnos en sus brillantes memorias<sup>1</sup>, se deba al «olvido consciente» del hecho de que su marido y ella fueron algo (y no precisamente poco) y vivieron felicísimos bajo y gracias a Napoleón a lo largo de tres lustros. Más todavía, tras la derrota definitiva del Corso en Waterloo, ambos se integraron sin problema alguno en la sociedad de la restauración borbónica. Aunque perdió su puesto en el funcionariado imperial, Luis XVIII nombró al entonces conde de Rémusat en julio de

---

1 *Mémoires de Madame de Rémusat, 1802-1808*, 3 tomos, Calmann Lévy, París (1893), 23ª edición. Hemos partido de la selección anotada de las mismas intitulada *Madame de Rémusat, Mémoires 1802-1808. Introduction et notes de Ch. Kunstler*, Hachette, París, 1957 (en las citas «Rémusat/Kunstler») a la hora de hacer la nuestra.

1815 prefecto del Haute-Garonne, cargo en el que sirvió hasta 1817, distinguiéndose allí por su celo ultra realista. Enviado a continuación a Lille como prefecto del Norte, se mantuvo en el cargo hasta 1822, un año antes de su muerte, a los sesenta y un años de edad. De todos modos, si bien la ingratitud de Madame de Rémusat ha sobrevivido por sus memorias, que no fueron publicadas hasta 1880, cuando todos los que aparecen en ellas ya habían pasado a mejor o peor vida, la ingratitud fue el pan nuestro de cada día en Francia entre 1789 y 1848.

Desde la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, fecha que suele tomarse como la del inicio de la revolución, hasta el advenimiento de la Segunda República en 1848, los cambios no solo de gobiernos sino de estructuras de poder (léase constituciones, dirigismos, dictaduras, dinastías, etc.) fueron tantos y tan súbitos en Francia que las adhesiones a lo «nuevo» y las traiciones a lo «viejo» se sucedieron con enorme rapidez. Hubo exilios voluntarios y forzosos y regresos del exilio más o menos discretos; creación, modificación y desaparición de partidos; fluctuaciones en el trato de la religión tradicional de Francia (el catolicismo), a veces perseguida o desnaturalizada (constitución civil del clero, intento de descristianización), otras protegida por el poder (tras el Concordato de Napoleón y la Santa Sede de 1801); por no hablar de lo ocurrido en las relaciones entre las distintas individualidades y grupos con poder o influencias. Constitucionales contra realistas en un principio, girondinos contra jacobinos a partir de 1791, termidorianos contra el resto desde 1794, «directoriales» contra neojacobinos y monárquicos ultras a partir de la Constitución del año III (1795), bonapartistas contra republicanos de toda la vida, jacobinos y realistas a partir de brumario de 1799, «consulares» y luego «imperiales» contra el resto durante la dictadura napoleónica, borbónicos contra orleanistas a partir de la doble restauración, orleanistas contra republicanos desde la revolución de julio de 1830, etc. Este imparable vaivén del poder «supremo» propició infinitas adhesiones y traiciones, incluso entre los espíritus más puros o más fanáticos.

Por poner un par de ejemplos, el sinuosísimo Talleyrand, acaso el hombre que desempeñó el papel más importante a lo largo de treinta años de revolución, y el desaprensivo pero habilísimo Fouché cambiaron de lealtades un sinnúmero de veces, aunque todos sus cambios vinieron siempre con una perspicacia política fuera de serie. Talleyrand, aristócrata, obispo de Autun, que defendió en la Constituyente no solo la constitución civil del clero sino también la expropiación y nacionalización de los bienes de la Iglesia, pudo exiliarse gracias a la ayuda, incluso económica, de su buena amiga Madame de Staël, que años después consiguió que fuera borrado de la lista de los emigrados y reintegrado a la vida política de Francia (por todo lo cual se vio muy mal pagada). Poco después, cuando empezaron los enfrentamientos de la baronesa (y los de su pareja Benjamin Constant) con el cada vez más despótico primer cónsul, nada hizo el Cojito Diabólico, como le llamaban sus muchísimos enemigos, para ahorrarles sinsabores. Y menos todavía cuando el primer cónsul devino emperador. Mano derecha de Bonaparte a todos los efectos, cuando Talleyrand intuyó allá por 1807 que su protector, el hombre más poderoso del mundo a ojos de todos, entraba en una deriva que acabaría por destruirlo, empezó a buscar contactos entre sus enemigos exteriores que le fueron de mucha utilidad, hasta el punto de que, reinstaurada la monarquía en la persona del orondo Luis XVIII, fue el representante de Francia en el Congreso de Viena.

Tal vez los casos de ingratitud más escandalosos tuvieron lugar a partir de la caída definitiva de Bonaparte y el advenimiento de la hasta entonces casi impensable restauración borbónica, época en la que tiene lugar la que podríamos llamar «traición» de los Rémusat.

Sobre aquellos agitados días escribe Chateaubriand en sus *Memorias de Ultratumba*<sup>2</sup>:

---

2 Parte III, capítulo V.

La conducta e ingratitud de personajes a los que la revolución había elevado fueron abominables hacia aquellos que hoy fingen haber echado de menos y admirar. Era del todo natural que los monárquicos se sintieran felices de reencontrar a sus príncipes y ver el fin del reinado del que consideraban un usurpador: no lo era, en cambio, que vosotros, criaturas de ese mismo usurpador, superarais en exageración los sentimientos de los realistas. Los ministros y los grandes dignatarios se apresuraron a prestar juramento a la legitimidad; todas las autoridades civiles y judiciales hacían cola para jurar odio a la dinastía proscrita (*la bonapartista*) y amor a la antigua (los borbones), que habían condenado mil veces. ¿Quién redactaba esas proclamas, esas acusaciones llenas de injurias contra Napoleón que inundaban Francia? ¿Los realistas? No. Los ministros, los generales y las autoridades elegidos y mantenidos por Napoleón. ¿Dónde se conspiraba en favor de la restauración? ¿Entre los realistas? No: en casa de Talleyrand. ¿Con quién? Con Monsieur de Pradt, limosnero del *Dios Marte*, y titiritero mitrado... Madame de Talleyrand, que Napoleón había pegado a su marido como un cartel, recorría las calles de París cantando himnos sobre la piadosa familia de los borbones.

## LOS RÉMUSAT

Claire de Vergennes (1780-1821) tenía dieciséis años cuando contrajo matrimonio con el futuro conde Laurent de Rémusat. Su espontaneidad y simpatía naturales le hicieron ganar muchos corazones y no pocas confianzas. Parece que, cuando hablaba, su fisonomía, por lo general seria y fría, se animaba y sus ojillos oscuros «como dos granos de uva negra» adquirían el resplandor del azabache. Tenía mucho sentido común, notables conocimientos para su época, buen juicio y un carácter independiente. Sabía callar cuando convenía y escuchar y observar atentamente cuanto se decía o sucedía a su alrededor, que su mente despierta archivaba con precisión fotográfica. Tenía

una memoria privilegiada, aunque a la hora de poner por escrito sus recuerdos no dudaba en revisarlos y completarlos según las circunstancias.

La revolución la había privado de su padre y de su abuelo: ambos se habían visto implicados en la desgraciada conspiración de Saint-Lazare dirigida por el general Beauharnais, primer marido de Josefina, y fueron guillotinado el día 6 de termidor del año II, tres días antes de la caída de Robespierre y Saint-Just<sup>3</sup>. La muerte y subsiguiente confiscación de los bienes de la familia paterna dejaron a madre e hijas, Claire y Alix, casi en la miseria. Afortunadamente la madre había hecho amistad al principio de la revolución con un joven de la Provenza llamado Augustin-Laurent de Rémusat (1762-1823), a la sazón viudo. Nacido en Valensole (Aix), había cursado sus estudios brillantemente y a los veinte años fue nombrado abogado general de la Cour des aides y la Chambre des comptes de Aix. Sus vastos conocimientos, su honradez y «una galantería distinguida» le aseguraron el éxito, de modo que en 1783 contrajo matrimonio con Mademoiselle de Sannes, hija del procurador general de su compañía. El matrimonio duró poco: la joven esposa murió al dar a luz a una niña que tampoco sobrevivió al parto.

El 7 de septiembre de 1790 la revolución suprimió los parlamentos y las cortes soberanas, pero sus funcionarios pasaron

---

3 El padre de Claire, Charles Gravier de Vergennes, sobrino de un ministro de Luis XVI, pertenecía a la burguesía «ennoblecida por los empleos públicos» (la llamada *noblesse de robe*, frente a la histórica *noblesse d'épée*) que se había dejado seducir por las ideas revolucionarias. Elegido jefe de batallón de la Guardia Nacional y miembro de la Comuna de París, se vio sobrepasado por los acontecimientos. Fue falsamente acusado de «emigración» y arrestado junto con su padre en su domicilio de París. Monsieur de Vergennes escuchó sin parpadear la lectura de la sentencia que le condenaba a la pena capital, pero su corazón se sublevó al oír que el acusador público declaraba que sus bienes y los de su padre pasarían a pertenecer a la República.

a depender del nuevo régimen y Rémusat fue enviado a París para realizar gestiones en relación con el cobro y el pago de créditos pendientes. Allí conoció y trabó amistad con los Rémusat, padre e hijo. Por su físico agradable y excelentes modales también cayó muy bien a las mujeres de la familia, y la viuda decidió que aquel joven magistrado «con el corazón destrozado y sin descendencia» podía convertirse en un excelente yerno, si conseguía casarlo con su hija mayor.

Cuando un decreto ordenó que todos los nobles se alejaran de París, Madame Vergennes se retiró con sus hijas a Saint-Gratien, en el valle de Montmorency. En aquellas circunstancias, la boda imaginada le pareció más urgente aún y siguió invitando a Rémusat a su casa. Las jóvenes escuchaban con sumo agrado la palabra de un «maestro» ameno que las ilustraba deleitando y Madame Vergennes intervenía en la conversación con reflexiones graciosas, muchas de las cuales no eran sino ideas irreverentes extraídas de los filósofos del Antiguo régimen. También solía cantarles *couplets* de moda o les contaba anécdotas cómicas de su juventud. En aquel ambiente distendido el joven viudo acabó encontrándose como pez en el agua y, cuando percibió el interés que su persona despertaba en la animada Claire, puso todas las facilidades para que la boda soñada por su anfitriona se hiciera realidad.

La joven pareja se estableció entre París y Saint-Gratien. Acudían frecuentemente a Sannois, lugar donde la condesa Houdetot se estaba extinguiendo en compañía de su marido y su amante, el poeta Saint-Lambert. Allí se reunía también lo poco que quedaba de la «buena sociedad» del París prerrevolucionario, cuyos miembros no hacían sino evocar *la douceur de vivre* de los buenos tiempos pasados. Finalmente decidieron alquilar una casita al lado de la de los Houdetot, mientras Monsieur de Rémusat hacía cuanto podía para recuperarse de la pérdida de su empleo y la confiscación de los bienes de su familia política.

En aquellos momentos Francia estaba en bancarrota y el Directorio apenas tenía para pagar los sueldos de su ejército.

Toda Francia especulaba, pero Monsieur de Rémusat tenía demasiado orgullo para rebajarse a actividades envilecedoras y finalmente obtuvo una *occupation* en el ministerio de Asuntos Exteriores, aunque ello no mejoró sensiblemente la situación económica de la familia.

Madame de Vergennes había conocido a Madame Bonaparte cuando esta era aún la esposa de su primer marido, el general Alexandre de Beauharnais. Dispuesta siempre a hacer favores a las «buenas gentes», Josefina la había recomendado a diversos miembros de la Convención Nacional (sobre todo a Barère y a Tallien). En otoño de 1793 el azar puso de nuevo en contacto a las dos mujeres. Para entonces Josefina ocupaba ya su residencia en Malmaison. El ajusticiamiento de su primer marido y padre de sus hijos Eugenio y Hortensia, del que por aquel entonces ya se había separado, implicado en el mismo complot que había costado la vida al marido y al suegro de su amiga, había precedido en un día al de los infortunados Vergennes. No debe extrañarnos, pues, que la pérdida que ambas habían sufrido por una misma causa estrechara la relación ya existente entre ellas.

\*

Bonaparte, convertido en primer cónsul desde el golpe de brumario, se estaba esforzando en pacificar un país y un París histéricos tras todo lo sucedido en los últimos tiempos, y su esposa Josefina hacía todo lo posible por ayudarle. Muchos emigrados consiguieron regresar a Francia y recuperar sus bienes o parte de ellos gracias a sus buenos oficios. Aprovechando la amistad cimentada en el pasado y las desgracias compartidas, Madame Vergennes empezó a frecuentar el palacio de las Tullerías en compañía de la joven pareja Rémusat. Estos le cayeron en gracia a Josefina, hasta el punto de que un día la mujer del primer cónsul nombró a Claire dama de compañía y a su marido prefecto de palacio.

¡Qué gran contraste se apreciaba entre la calma y la sencillez que caracterizaban el hogar pequeñoburgués de los Rémusat y el lujo *nouveau riche* que se había apoderado del castillo de Saint-Cloud, residencia del primer cónsul! Era otoño de 1802 y todavía no podía considerarse una corte sino un círculo de amigos que aumentaba con nuevos afectos al nuevo orden cada día que pasaba. Las mujeres frívolas de turbio pasado como Hamelin o Tallien, famosas *merveilleuses* del postermidorianismo que habían sido compañeras inseparables de Josefina cuando esta era la amante de Barras, fueron despedidas sin contemplaciones porque Bonaparte solo admitía en su casa a damas de virtud reconocida con maridos solventes y capaces de adornarlas como para asistir a un baile real. Tanto su mujer como sus hermanas circulaban de un lado a otro con una joyería entera encima para dar ejemplo de cómo tenían que arreglarse las invitadas para hacerse dignas de la compañía del primer cónsul. Los diplomáticos, ministros y generales que pululaban por sus salones lucían uniformes resplandecientes como los de los cantantes de ópera de los tiempos en que triunfaban las creaciones de Gluck y de Rameau. El mismo primer cónsul, con la ayuda inestimable del pintor David, se encargaba de sugerir el diseño de la indumentaria de los nuevos Martes, tribunos y senadores de su incipiente corte. Con ocasión de la firma del Concordato el 28 de germinal del año X (18 de abril de 1802), el nuevo Júpiter decretó que todos los suyos (y eran muchos) vistieran de verde.

Por aquel entonces la vida que se llevaba en Saint-Cloud no difería mucho de la habitual en el *château* de Malmaison: mientras el primer cónsul trabajaba en su gabinete, Madame Bonaparte recibía a sus visitas. Las que acudían a implorar clemencia y perdón por los emigrados (por regla general, sus esposas, hermanas, madres o hijas) eran legión. Josefina repartía buenas palabras y esperanzas entre todas, que se materializaban salvo en casos excepcionales. El general Duroc, gobernador del palacio, controlaba los gastos. Cuatro prefectos se encargaban del servicio interior y la organización de los espectáculos:

los señores de Luçay, Rémusat, Didelot y Cramayel. Madame Bonaparte contaba con la compañía de cuatro damas «oficiales»: las señoras de Luçay, Rémusat, Talhouët y Lauriston, que se ocupaban, entre otras cosas, de presentarle a las mujeres de los embajadores. Aunque vivían en sus casas respectivas, todos los meses una de ellas pasaba una semana entera en palacio junto a su señora.

No le costó mucho a Monsieur de Rémusat destacar entre sus colegas y lo mismo cabe decir de su esposa. Aunque Claire no podía rivalizar en belleza y lujo con sus compañeras, las superaba a todas en inteligencia e instrucción. Siempre daba con la respuesta justa e ingeniosa a las cuestiones que el propio Bonaparte gustaba de lanzar a la compañía femenina de su mujer y ninguna parecía escuchar sus disgustos con mayor atención ni celebrar sus *bons mots* con más entusiasmo que la encantadora Claire de Rémusat, la favorita de *esprit*.

Lo mismo vino a ocurrir con Madame Bonaparte. Claire de Rémusat no era una dama más de su cortejo. Muy pronto se convirtió en su amiga y confidente, porque ninguna como ella era capaz de entender sus penas y alegrías y aconsejarla cuando dudaba sin que en ningún momento pareciera pretender darle lecciones. No tardó en hacerle saber el odio con que las hermanas de su marido procuraban perjudicarla, a ella y a sus hijos, Hortensia y Eugenio. Tanto era el odio que le tenían que cuando Hortensia, a la que Napoleón había casado con su hermano Luis, tuvo un hijo (Napoleón-Charles), su cuñado Luciano se hizo eco de las calumnias lanzadas por algunos diarios ingleses que aseguraban que el padre de la criatura era el propio Napoleón y que Josefina, sabiéndose estéril, había favorecido la relación de su esposo con su hija. También le contaba que su marido la engañaba con damas del palacio y con actrices, en especial con la famosa Mademoiselle George. ¿Acabaría por abandonarla? Después de todo, ella le llevaba siete años. Los celos no la dejaban vivir. Madame de Rémusat intentaba tranquilizarla y casi siempre lo lograba.

El gusto de Napoleón por el fasto y por reglamentarlo todo, empezando por los rangos y las formas de etiqueta que siempre se habían relacionado con las cortes reales, alcanzó su cumbre cuando el Senado le confirió el título de Emperador de los Franceses en mayo de 1804. Quizá con ello intentó hacer olvidar el episodio del asesinato o ejecución del duque de Enghien, que había conmovido a toda la opinión pública europea. A partir de entonces la corte empezó a llenarse de gente notablemente superior en rango y fortuna a los Rémusat, una pandilla de ambiciosos sin escrúpulos que se lanzaron a acaparar los apetitosos cargos que el Imperio estaba creando en lo que acabaría siendo, con la aparición de la aristocracia bonapartista, una de las cortes más brillantes de Europa.

Gracias a la enorme influencia que su mujer se había ganado sobre la emperatriz, Monsieur de Rémusat, que no era de naturaleza especialmente intrigante, se vio convertido en primer chambelán del emperador, gran maestro de su guardarropa y superintendente de los espectáculos de París. Más todavía: el 27 de noviembre de 1808 recibió el título de conde del Imperio, integrándose en lo que se ha llamado «la nueva aristocracia», un título que heredó su hijo, Charles François Marie, segundo conde de Rémusat<sup>4</sup>.

---

4 Charles François Marie (1797-1875), periodista activo, sufrió la influencia de la filosofía «ecléctica» de Victor Cousin y se dice que Balzac lo tomó como modelo para su personaje Henri de Marsay. Doctrinario y conservador, se caracterizó por apoyar las medidas restrictivas de la libertad que hicieron tan impopular el régimen orleanista y a las que se opusieron los radicales. Aliado de Thiers, en 1840 fue ministro del Interior, aunque por poco tiempo. En lo que quedaba de reinado orleanista, estuvo en la oposición hasta que volvió a unirse a Thiers en la primavera de 1848, año en que fue elegido diputado por el departamento de Haute Garonne y votó con los conservadores. Abandonó Francia tras el golpe de Estado y no se reincorporó a la vida política del país hasta 1869. En 1871 rechazó la embajada de Viena pero en agosto fue nombrado ministro de Exteriores. En

Tras la gloriosa serie de victorias del emperador (Austerlitz, Jena, Friedland, etc.), que enardecieron aún más el entusiasmo de los que se habían apuntado decididamente al nuevo régimen y a la que se presumía iba a ser la nueva dinastía, empezaron las dificultades y los primeros fracasos, muy especialmente en la guerra de España (levantamiento de Madrid en mayo de 1808, derrotas de Bailén, los Arapiles, Vitoria, San Marcial, etc.) y luego en la campaña de Rusia, desastrosa para la Grand Armée.

El divorcio del emperador para casarse con la princesa austriaca María Luisa (1809) recluyó a la repudiada Josefina en Malmaison, a donde la siguió Claire Rémusat, que continuó acompañándola cuando iba a tomar las aguas a Aix en Savoie. Sin embargo, en 1820 Rémusat solicitó ser presentada a la nueva emperatriz. A partir de entonces, la mujer trató de repartir sus fidelidades entre la antigua y la nueva compañera del dueño de los destinos de Europa.

El nacimiento del rey de Roma constituyó una última explosión de alegría para aquel mundo que, sin saberlo, se encaminaba a la autodestrucción, unos breves días de alborozo para un imperio que estaba viviendo su veranillo de San Martín. El fracaso de la campaña de Rusia, la derrota en la batalla de las Naciones (Leipzig), la toma de París, la abdicación, el destierro a Elba, «¡la isla de Sancho Panza entregada a César!», pusieron punto final al ensueño napoleónico. El despertar abrió la puerta al odio y a la venganza pero, por encima de todo, a la ingratitud de muchos a la hora de enfrentarse a la «nueva» situación: en realidad no era tan nueva, pues volvieron los Borbones en la persona de Luis XVIII, hermano menor del decapitado Luis XVI.

1873 volvió a ser elegido diputado por el departamento de Haute Garonne por una gran mayoría. Escribió varios libros sobre historia y filosofía de Inglaterra y en 1873 fue nombrado miembro honorario de la American Academy of Arts and Sciences.

José y Carolina Bonaparte, Murat, Bernadotte, Cambacères, el Senado... todos negaron como Pedro en los Evangelios haber amado a «la fiera» y buscaron el favor del «hombre del día», Talleyrand, el más grande de los traidores para los bonapartistas, aunque forzoso es decir que si su emperador le hubiera hecho caso en 1807, cuando le aconsejó que renunciara de una vez por todas a la guerra en el continente y se concentrara en reconciliar con Francia las principales potencias enemigas (Prusia, Austria, Rusia y, con un poco de habilidad, Inglaterra), es muy probable que la historia hubiera acabado de muy distinta manera.

En aquellas circunstancias y conociendo sus antecedentes, a nadie debe extrañar que los Rémusat no fueran los últimos en pasarse al bando vencedor y también prendieran la escarapela blanca sobre sus ropas y tocados. Apenas el conde de Artois (y futuro Carlos X, a la muerte de Luis XVIII) hizo su entrada en París, Madame de Rémusat corrió a presentarse a su antigua señora Josefina en el *Château* de Malmaison para ratificar su inquebrantable lealtad a su persona y aconsejarle que mostrara un poco de deferencia a la familia que acababa de ser devuelta para seguir reinando en Francia. Parece que incluso le llevó el borrador de una carta redactada por Talleyrand para que la copiara, firmara y enviara al conde de Artois, que había sido nombrado teniente general del reino. Avergonzada por el texto humillante que se le proponía para congraciarse con los hasta hacía poco despreciables borbones, Josefina no pudo retener las lágrimas. Siguiendo el consejo de su hija Hortensia, a la sazón todavía reina de Holanda, hizo llegar el proyecto de carta al zar, que se indignó. Claire decidió entonces dirigirse a la reina para que la ayudara a convencer a su madre, la emperatriz, pero Hortensia se mostró implacable y le dijo:

Los Borbones pueden reconocer lo que quieren. Pero no pueden pretender que lo que fue no fue. Si nuestros elevados títulos les molestan, nos conformaremos con otros más sencillos y vivire-

mos en la sombra. Pero nos debemos a los pueblos que nos han proclamado reyes, a los pueblos que han solicitado colocarse a nuestro lado: nosotros nunca vamos a negar lo que fuimos. Comprendo que se haya podido tumbar un ídolo que se complació en elevarse, pero, creedme, renegar de él es una bajeza<sup>5</sup>.

La «soberbia» de las vencidas indignó a la bienintencionada Madame de Rémusat y desde aquel momento no solo rompió toda relación con ambas sino que en los salones de París se dedicó a burlarse de la importancia que todavía otorgaban aquel par de desgraciadas a sus títulos de pacotilla y a alertar a quienes querían escucharla de las consecuencias que aún podían derivarse de sus desafortunadas ambiciones si no se las vigilaba de cerca.

\*

En cuanto todo pareció indicar que Luis XVIII iba a permanecer definitivamente en el trono de Francia, a Monsieur de Rémusat le faltó tiempo para moverse con el objetivo de integrarse en el Consejo de Estado. Confiaba en Talleyrand, cuya protección daba por segura, pero el hombre del cual dependía su suerte se hallaba entonces en la capital de los Habsburgo representando a Francia en el Congreso de Viena. La caída del águila imperial exigía rediseñar el mapa de Europa y, una vez más, el que fuera obispo de Autun fue considerado el hombre más adecuado para lidiar con los cuatro grandes (Rusia, Gran Bretaña, Austria y Prusia) en aquellas circunstancias ciertamente difíciles para una Francia derrotada.

Cuando el Congreso estaba a punto de concluir, una noticia inesperada hizo que los cabellos de todos los participantes (y de muchos más) se erizaran. El águila había resucitado y acababa de aterrizar en Cannes. En un primer momento casi todos (em-

---

5 *Mémoires de la Reine Hortense*, II, págs. 222-223.

pezando por los Rémusat) quisieron creer que la jugada estaba destinada a salirle mal al Corso, pero en cuanto se supo que el coronel Le Bèdoyère le había entregado la plaza de Grenoble, que los obreros de Lyon lo habían recibido como a un triunfador, que el mariscal Ney, que había prometido al rey entregarle al Ogro de Córcega en una jaula de hierro, se había unido al recién llegado con su cuerpo de ejército, que el «buen pueblo» de París abandonaba sus hogares para recibirle con los brazos abiertos y, por encima de todo, que la restaurada familia real había echado a correr y se había refugiado en Gante, cundió el espanto entre los muchos que se habían apuntado con excesiva prisa a la nueva situación; también los Rémusat se echaron a temblar. La policía empezó a hacer registros entre los que se presumían enemigos del emperador, tornadizos o simplemente tibios.

Lo único que tenían los Rémusat que podía comprometerles era una manuscrito de la ingeniosa Claire. Se trataba de una especie de diario que había estado llevando a lo largo de doce años redactado a la manera de una «correspondencia íntima» dirigida a una amiga imaginaria de la corte de Bonaparte. Llena de terror por las consecuencias que sus indiscreciones podían desatar, no dudó ni un instante en echar a las llamas todas aquellas cuartillas que juzgó muy peligrosas. Su casa no fue nunca registrada, pero, para mayor seguridad, el matrimonio y sus dos hijos abandonaron la capital y fueron a refugiarse en una casita comprada a un familiar en Lafitte (Haute-Garonne) y allí pasaron los Cien Días que mantuvieron en vilo a Europa hasta que el 18 de junio de 1815 los hombres de Wellington y la caballería de Blücher volvieron a dar cuenta en Waterloo de aquella bestia de siete cabezas que parecía destinada a matar el continente a sustos. Los temores de los Rémusat resultaron vanos. Apenas había pasado un mes desde aquella fecha fatídica cuando Monsieur de Rémusat se vio nombrado prefecto del Haute-Garonne y se dirigió a Toulouse, mientras la Fiera Corrupia a la que tan lealmente sirviera, prisionera ahora de los ingleses, era deportada a un perdido islote africano, Santa Ele-

na, donde sucumbió lentamente a las iniquidades de un desagradable carcelero, Hudson Lowe. El fin definitivo llegó en 1921.

#### GRANDES Y PEQUEÑOS TRAIADORES: TALLEYRAND Y LOS RÉMUSAT

Las memorias de Madame de Rémusat no serían lo que son (y quizá ni siquiera existirían) sin la aparición en la vida del matrimonio de Monsieur de Tayllerand, una figura destinada a convertirse en una pieza fundamental de la historia de Francia desde los últimos tiempos del antiguo régimen hasta la segunda restauración. Desde el primer momento, aquel hombre de expresión gélida, silencioso y elegante como ningún otro, primogénito pero relegado a segundón por su cojera, impresionó a la joven Rémusat, veintiséis años más joven que él.

En los primeros tiempos aquel personaje que parecía salido de otro mundo la intimidaba como solía ocurrir con cuantos se veían obligados a tratarle. Fue al coincidir en un viaje a Bruselas en 1803 (es decir, todavía durante el Consulado) cuando la relación entre ambos empezó a calentarse, por decirlo de algún modo. Talleyrand parece interesarse por el matrimonio Rémusat y, desde sus alturas, los trata con una simpatía cercana a la condescendencia. Dos años más tarde coincide con el marido en Austerlitz y luego en Viena y, no se sabe muy bien por qué, empieza a catequizarlo en contra de su «natural señor». Madame de Rémusat nos los cuenta:

Hablaba del emperador sin ilusiones, y reconocía enormes defectos en su carácter, pero le creía llamado a acabar la Revolución de Francia y a fundar un gobierno estable y confiaba aún en poder dirigirle en lo tocante a Europa.

Poco a poco las relaciones del gran diplomático y los Rémusat se van estrechando y el gran personaje no duda en vi-

sitarles en su casa y en revelarles sus auténticos pensamientos sobre el amo de todos ellos, unas confesiones que acabarían destruyendo la admiración que Claire sentía por Bonaparte. La admiración sería trasladada decididamente al Sublime Cojo, cuyo cinismo no ha tenido seguramente rival en toda la historia de la Humanidad<sup>6</sup>. Madame de Rémusat se ve, como tantas mujeres antes que ella, literalmente seducida por las maneras «graciosas e insolentes» de su augusto confidente y admira su proverbial discreción. Adora su *esprit*, su modo inimitable de insinuar lo que no merece la pena decirse, su perfecto equilibrio de ánimo que nada es capaz de turbar y, para estar a la altura en sus conversaciones con su mentor, a veces «suda la gota gorda» para mostrar ingenio en sus respuestas. Tanto llega a entusiasmarse con las gracias de su amigo que se deja inocular su admiración por Inglaterra, el país que Bonaparte odiaba y temía más.

A partir del otoño de 1807, época en la que empieza el distanciamiento de Bonaparte y su fiel e intrigante mano derecha, las revelaciones de Talleyrand a su buena amiga se hacen más explícitas y no duda en revelarles «los vicios más ocultos del emperador». La mujer nos explica en sus memorias:

Una tarde en la que, más comunicativo que de costumbre, me contó algunas anécdotas e insistió mucho en lo que él llamaba la bellaquería de nuestro amo al presentarlo como alguien ajeno

---

6 Junto a sus infinitos logros en el terreno de la política (actuando siempre *pro re sua*), Talleyrand se enriqueció enormemente mediante negocios turbios, sobornos y comisiones. En cierta ocasión Napoleón le preguntó sobre el origen de su fortuna y su ministro le respondió: «Muy sencillo: compré rentas el 18 de brumario y las vendí el 19». Nunca más le volvió a preguntar sobre aquel punto. Recuérdese que el 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799) es la fecha del golpe de Estado que elevó a Napoleón a la máxima magistratura de Francia, primero como primer cónsul y luego como emperador.

a cualquier sentimiento generoso, se asombró al ver que yo, al escucharlo, derramaba lágrimas de dolor...

¡Pobre Claire! ¡Cuánto dolor tuvo por fuerza que sentir al enterarse de que el hombre al que tanto le debían su marido y ella no era trigo limpio! Pero a continuación la autora declara (y su cinismo se eleva al del Ilustre Cojo): «Nuestra relación con Monsieur de Talleyrand nos resultó muy útil». El emperador, persuadido por él de «que éramos personas muy dignas de tener una gran casa y recibir en ella a los extranjeros que abundaban en París, decidió dotarnos de medios para establecernos de un modo brillante y aumentó los ingresos de Monsieur de Rémusat». Fue así como Talleyrand compró sin desembolso alguno de su parte una complicidad dirigida contra el bienhechor del ambicioso matrimonio que, andando el tiempo, iba a serle muy útil.

A fuerza de tratarle, Madame de Rémusat empezó a tomarse confianzas con el príncipe de Benevento, al que muchos criticaban con razón por su reconocida codicia, su doblez y su epicureísmo egoísta. Si tenemos en cuenta que aquel hombre había traicionado a su rey y a su Dios, a la propia Revolución y más tarde incluso al mismo emperador, Madame de Rémusat hubiese debido ver en él una personalidad profundamente amoral, pero no fue así. A su juicio, en última instancia lo que caracterizaba a su amigo era «una total indiferencia entre el bien y el mal». Con todo, nos asegura, a diferencia de Napoleón no mantenía «la funesta idea de que la virtud no existe y que solo es una astucia o una afectación más. Reconoce la virtud en los demás, la alaba, la considera. Parece incluso que se complace contemplándola. Lleva en su corazón la bondad y la justicia, pero no aplica a sí mismo lo que aprecia en los otros». ¡Santa inocencia! Como decía san Agustín, «creer es querer creer».

El príncipe de Benevento, título que le había sido concedido por Bonaparte el año 1806 en Dresde, había apostado por Napoleón hasta 1807, pero, más clarividente que el emperador, a partir de este año su fino olfato empezó a intuir que su amo se había embarcado innecesariamente en aventuras que acabarían por costarle todo lo ganado. Desde el primer momento desaprobó la política de Bonaparte en relación con España, un avispero del que por fuerza acabaría saliendo escaldado. También consideraba un error no abandonar de una vez por todas la «obsesión inglesa» y no sellar una paz definitiva con Rusia y Austria.

El 9 de agosto de 1807 el emperador lo cesa como ministro de Exteriores y lo degrada al cargo, tan vistoso como inocuo, de Vice-Gran-Elector. En contra de los consejos de quien mejor le aconsejó siempre, prosigue sus planes para España y en junio de 1808 impone a su hermano José como rey. Lo será hasta diciembre de 1813.

El distanciamiento entre uno y otro empieza a adquirir proporciones de abismo. Ha pasado a la historia la escena famosa de 18 de enero de 1809, en la que, durante un consejo de ministros al que asistía Talleyrand, el emperador perdió la paciencia con él y le lanzó una invectiva inolvidable: «¡Merecería que le rompiera como un vaso! ¡Pero la desprecio demasiado como para tomarme la molestia! ¡Escúcheme! ¡Usted solo es una mierda en unas medias de seda!»<sup>7</sup>.

Es posible que un día lamentara no haberse tomado la molestia. Sea como fuere, le retiró el título de chambelán y los emolumentos ligados a él. Al día siguiente Talleyrand corrió a ver al embajador Metternich para decirle que quería entrar en relaciones directas con el emperador de Austria. También le dijo que necesitaba urgentemente unos cientos de miles de francos. El mes de diciembre anterior a la escenita de las medias de seda,

---

7 La frase «*merde dans un bas de soie*» ha hecho fortuna, pero no es seguro que sea auténtica o literal.

Talleyrand y Fouché, también distanciados hasta entonces, se reconciliaron.

La caída en desgracia del príncipe de Benevento arrastró consigo la de sus amigos Rémusat, aunque el emperador mantuvo al marido como superintendente de los teatros de París hasta el final. Y eso que en 1812, durante su regreso de Moscú, confesó a su amigo el general Caulaincourt (y este lo cuenta en sus memorias) que solo veía en los Rémusat «una gente intrigante y codiciosa sobre la cual se había equivocado mucho». ¿Cuándo empezó a darse cuenta de qué pie calzaban aquellos *parvenus* que él había elevado muy por encima de su mérito? No lo sabemos.

Por otra parte, la separación definitiva de Napoleón y su mujer en diciembre de 1809 relegó a un segundo plano a las damas de su corte, ahora confinadas en Malmaison, entre las que seguía estando Madame de Rémusat. Decididamente Napoleón era un monstruo: la buena de Claire acabó descubriéndolo tarde pero a tiempo y lo arrojó al infierno de sus memorias.

\*

Madame de Rémusat no se avergüenza de reconocer que su marido y ella llegaron pobres a la corte bonapartina. Con todo, añade que «sus dádivas, más vendidas que regaladas», les permitieron vivir rodeados del lujo «que él exigía». Es decir, que se dejaron comprar para poder mostrarse en sociedad con el aparato que su comprador les imponía. ¿Cabe mayor cinismo? Obviamente, cuando escribía estas líneas el rey ya había vuelto y el matrimonio se hallaba cómodamente instalado bajo el nuevo régimen.

Se ha dicho que estas memorias fueron escritas cuando se hubo desatado (y no solo entre los Rémusat) la auténtica pasión realista que caracterizó los primeros tiempos de la restauración (o, si se quiere, de las dos restauraciones y quizá más de la segunda que la primera). Poniéndose la venda antes del golpe, Claire de Rémusat no duda en escribir:

Cuando en 1814 muchos se han asombrado del ardor con que yo anhelaba la caída del fundador de mi fortuna y el regreso de los que iban a destruirla, los que han llamado ingratitud a nuestro rápido abandono de la causa del emperador, no habían sido capaces de leer en nuestras almas e ignoraban las impresiones que en ellas habían causado una serie de hechos. [...] El regreso del rey nos iba a arruinar, pero devolvería la paz a nuestros pensamientos y sentimientos.

Si realmente temía lo que dice, se equivocaba. El regreso de Luis XVIII no solo no arruinó a los «pobres» Rémusat, sino que aseguró su futuro y también el de su hijo Charles François Marie, conde de Rémusat, siempre al lado de los elementos más conservadores del espectro político. Durante los últimos tiempos del imperio los Rémusat, puestos continuamente al día por Talleyrand, quien daba por seguro, como manifestó a su amiga la marquesa de Tour du Pin, que Bonaparte «era un hombre acabado, que se esconderá debajo de la cama», adoptaron una conducta que ha sido descrita como de «vigilante utilitarismo» (Ch. Kunstler). Su interés, como el de Talleyrand, se resumía en salir fortalecidos de un estado de cosas condenado a irse al traste en un par de días y que probablemente iba a determinar la muerte de unos cuantos miles de franceses «irreductibles» entre los cuales no estaban dispuestos a estar. Cabe recordar que si Leipzig y Waterloo dieron cuenta de Bonaparte, el bonapartismo sobrevivió a su fundador e hizo acto de presencia a lo largo de casi todo el siglo XIX francés, al menos hasta la caída del segundo imperio. Los mayores admiradores y defensores de Bonaparte y de su obra aparecieron después de su muerte<sup>8</sup>.

Tras la derrota de Leipzig en octubre de 1813, Talleyrand, que se desespera ante la lentitud de los aliados a la hora de ex-

---

8 Pensemos, por citar a unos pocos, en personalidades tan diversas como Stendhal, Balzac, Manzoni, Hugo, lord Byron, Heine, etc.

plotar su éxito en el campo de batalla, intriga cuanto puede y toca todos los resortes de que dispone (y son muchos) para convencer a los vencedores de que dejen el ejército francés, que se halla todavía en Saint-Dizier, en el Alto Marne, a unos doscientos kilómetros de la capital, y se dirijan a marchas forzadas a París. El 28 de marzo aparecen los primeros cosacos en las cercanías de la ciudad mientras el Consejo de Regencia, del que Talleyrand forma parte, duda si mantener a la reina María Luisa y al rey de Roma en la capital (con el peligro de que caigan en manos del enemigo) o ponerlos a salvo en otra parte. Al fin prevalece esta segunda opinión. En principio, Talleyrand debe acompañarlos. Madame de Rémusat, en connivencia con su amigo, se presenta ante el prefecto de policía Pasquier y se queja de que, en caso de que Talleyrand abandone la capital, ¿quién recibirá a los jefes de los aliados si hacen su entrada en la ciudad? Pasquier insiste en que Talleyrand debe partir y al día siguiente el exobispo de Autun obedece cómodamente sentado en su berlina cargada de equipaje. Sin embargo, al acercarse a la puerta de la Conférence ou des Bonshommes, le detiene un comandante de la Guardia Nacional y le exige que muestre sus papeles. Tras revisarlos cuidadosamente, le prohíbe terminantemente la salida de la ciudad. El comandante de la Guardia Nacional es nada menos que Monsieur de Rémusat.

Talleyrand regresa a su mansión de la *rue* de Saint-Florentin, donde pocos días después recibirá al zar Alejandro, al rey de Prusia, al príncipe de Schwarzenberg, al conde de Nesselrode, ministro de Exteriores de Rusia, y al general Pozzo di Borgo. El zar firmará una proclamación dirigida al pueblo francés, redactada por Talleyrand, en la que los soberanos declaran solemnemente que no volverán a tratar con Napoleón ni con ningún otro miembro de su familia. Aquella misma noche el público de la ópera, llena a rebosar, aclama a los enemigos que han derrotado a su patria.

El resto es de sobras conocido: Luis XVIII en el trono de Francia, el paréntesis de los Cien Días, Waterloo, la segunda

restauración, también en la persona de Luis XVIII, Santa Elena, etc. ¡Y el matrimonio Rémusat, que debía toda su prosperidad y bienestar al vencido, felizmente instalado en el «régimen recuperado»!

#### LA NOVELA DE UNAS MEMORIAS

En 1818 los herederos de Madame de Staël, fallecida el año anterior, publicaron sus extraordinarias *Consideraciones sobre la Revolución francesa* (Arpa, 2017), crónica personalísima de la historia de Francia desde los Estados Generales hasta la segunda restauración. Madame de Rémusat se la leyó de cabo a rabo y le sorprendió «el odio un tanto declamatorio de aquella mujer contra Napoleón». En líneas generales, estaba de acuerdo con la autora, pero discrepaba con ella en no pocos puntos. Además, ella había tratado muchísimo más y de mucho más cerca a Bonaparte y a sus dos familias siempre enfrentadas, los Bonaparte y los Beauharnais. Se le ocurrió entonces «completar» la imagen que daba Staël del Tirano de Córcega con sus propios recuerdos y opiniones, y, en última instancia, justificar su inquebrantable fidelidad (y la de su esposo) al emperador mientras este llevó las riendas de Francia, eso sí, sin ahorrar críticas a la persona que por un capricho del azar fue su dueño y señor durante tantos años.

Parece que el diario en forma de epistolario que destruyó en 1815 era únicamente una exposición de hechos, situaciones y sentimientos ligados a su presencia diaria en la corte de Josefina. El paso del tiempo, decía, le iba a permitir reflexionar sobre todo aquello con mayor frialdad y objetividad. A falta de documentos, tendría que echar mano de sus recuerdos para explicar cómo ella había «amado y admirado, juzgado y temido, sospechado y finalmente odiado y abandonado» al terrible corso. En mucha medida, sus memorias son a la vez una narración de sucesos e impresiones recordados y reinterpretados

y la historia de su propia conversión. Como Pablo, con la ayuda del intrigante Talleyrand, los Rémusat, desde 1802 los más adictos partidarios y admiradores de Bonaparte, allá por 1808 «cayeron del caballo» de su admiración y se dieron cuenta de que su Jesús era el Diablo. Idea magnífica para caer bien a los que iban a dominar la nueva situación.

He aquí cómo relata a su hijo Charles en una carta de 27 de mayo de 1818 su nueva actividad literaria:

Debes saber que ahora me levanto todos los días a las seis de la mañana y estoy escribiendo hasta las nueve y media. Estaba trabajando en mi *Ambitieux* y rodeada por un sinfín de papeles de notas. Pero algunos capítulos de Madame de Staël me bailaban por la cabeza. De pronto, abandono mi novela, cojo una hoja en blanco, me muerde la necesidad de hablar de Bonaparte, empiezo a contar la muerte de Enghien y la terrible semana que pasé en Malmaison, y como soy persona de emociones fuertes, al poco me parece que todavía estoy en este tiempo. Hechos y palabras vuelven a mi mente como si los acabara de oír y escuchar. Entre ayer y hoy he escrito veinte páginas, y ello me ha sacudido por dentro.

Esta carta se cruzó con la que Charles le acababa de enviar inspirada por las *Consideraciones* de Staël, que también había leído, en la que le decía:

Este libro me ha hecho lamentar vivamente que quemara sus memorias, y también me he dicho que debía complementarse... Relea antiguos almanaques, repase *Le Moniteur* página por página, relea y pida que le devuelvan sus cartas de aquel tiempo escritas a sus amigos y sobre los mismos. Recoja las opiniones de las que ha abdicado, revele sus errores. Muéstrase como una más de tantas personas honorables e inteligentes, indignada y disgustada por los horrores de la revolución, seducida por un entusiasmo, en el fondo muy patriótico, hacia un solo hombre. Diga que en aquel momento todos nos sentíamos extraños a la

política. Jamás temimos el despotismo de uno solo: sencillamente corríamos hacia delante. Muestre también cómo el hombre de aquel tiempo se iba corrompiendo a medida que su poder crecía [...] y cómo su indignación moral acabó desembocando poco a poco en un odio político<sup>9</sup>.

Claire acaba cediendo a las palabras de su hijo que, en el fondo, respondían a su propio deseo, no del todo inconsciente. En cuanto al interés de su hijo, es posible que no fuera tampoco del todo altruista: dispuesto a hacer carrera bajo la nueva situación, seguramente deseaba un documento que limpiara de la acusación de colaboracionismo a sus padres, por si alguien quisiera utilizarla contra él. Y así empezó ella sus famosas memorias, que concibió divididas en cinco partes dedicadas a cinco etapas distintas de su vida y experiencias. Sin embargo, solo llegó a escribir la primera y parte de la segunda, que relatan lo ocurrido hasta 1808, pues la muerte la sorprendió en París el 16 de diciembre de 1821. Con todo, a su publicación constituyen ya un libro de 1.200 páginas. Aunque decía que no deseaba que sus memorias fueran publicadas, no es imposible que en el fondo de su alma sí lo quisiera. No se escribe tanto para uno mismo y los descendientes, y menos cuando está claro que se pretende una cierta calidad literaria (quizá para compararse con *Staël*). De hecho, en una carta de 8 de octubre de 1818 se pregunta: «Si un día mi hijo las llega a publicar, ¿qué pensarán de mí?».

Ignoramos si su hijo Charles pensó en algún momento en publicarlas él mismo, pero la empresa parecía ardua y peligrosa. Aún vivían bajo Carlos X y Luis Felipe, y numerosos testigos del imperio, por no hablar de los bonapartistas nostálgicos (estos especialmente entre el ejército), hubiesen puesto el grito en el cielo ante los ataques de que era objeto su ídolo caído.

---

9 Ambas cartas en *Rémusat/Künstler*, págs. 25-26.

Tampoco era pensable su aparición bajo el segundo imperio. Napoleón III las hubiese tomado como una ofensa a la memoria de su venerado tío y habría actuado en consecuencia. Finalmente vieron la luz gracias al nieto de la autora, Paul de Rémusat, en 1879. Fueron publicadas en Calmann-Lévy, una de las editoriales más prestigiosas de la época, bajo la forma de tres volúmenes *in octavo* de unas cuatrocientas páginas cada uno. Les siguieron la publicación de las cartas de Madame de Rémusat a su marido enviadas entre el 28 de agosto de 1804 y el 27 de julio de 1813. La obra apareció, pues, en las librerías de París bajo la Tercera República. Solo entre 1880 y 1893 aparecieron 23 ediciones de la obra, lo cual indica que se publicó en el momento justo.

Charles de Rémusat se encargó de redactar la introducción (parece que lo hizo al día siguiente de la muerte de Napoleón III), en la que resumía la vida de sus padres y los defendía con estas palabras que se han conservado en todas las ediciones posteriores: «Los Rémusat no tuvieron que hacer sacrificio alguno para unirse al nuevo régimen. Nunca participaron de los sentimientos exaltados de los ultrarrealistas ni de la austeridad republicana». Dicho en otras palabras, siempre fueron lo que hoy llamaríamos «centristas moderados» y fue el «centrismo moderado» lo que fue pasando de manos en Francia con el continuo vaivén de las circunstancias políticas a lo largo de más de treinta años. Había que entender, pues, que tras los rigores y crímenes de los jacobinos, los Rémusat se dejaron fascinar por «el espectáculo de un hombre como el emperador en un momento en que era irreprochable, joven y todavía amable. Al cabo de dos o tres años empezaron a ver que una corte es siempre una corte y que no todo es placer a la hora de servir a un dueño absoluto, sobre todo cuando complace y deslumbra. [...] Mi madre, sobre todo, se divertía mucho con lo que veía, tenía una buena relación con la emperatriz, cuya gracia y bondad son sobradamente conocidas, y se entusiasmaba con el emperador, que por aquel entonces la distinguía. Parece que era la única mujer con

la que hablaba». Después de todo, su madre había nacido en 1780, tenía nueve años cuando se convocaron los Estados Generales y apenas catorce cuando los jacobinos acabaron con las vidas de su padre y de su abuelo por complicidad en una conspiración que, en última instancia, pretendía devolver a los Borbones al trono de Francia. Nuestra cronista no tuvo ocasión (por suerte o por desgracia) de conocer los días de aquella *douceur de vivre* de que hablaba Talleyrand.

\*

En la segunda mitad del siglo XIX se publicaron en Francia un sinnúmero de memorias, la mayoría de las cuales se centran en el primer imperio, pero ¿son verdadera historia? ¿Nos sentimos como meros espectadores ante lo que nos cuenta Rémusat o vemos lo relatado a través de los ojos de la autora, es decir, como cómplices y acusadores? Chateaubriand declara en relación con ellas que «Bonaparte es mostrado siempre al desnudo, con toda imparcialidad». Victor Hugo, que las conoció cuando aún eran inéditas, concluye que «contienen cien detalles. Napoleón era bueno e irritante. Tenía la vivacidad y la malicia de los buenos».

Seguramente la imparcialidad no era la principal virtud de Rémusat. Tampoco lo era de Victor Hugo (hijo de un general napoleónico) ni de Chateaubriand quienes, además, solo conocieron muy fragmentariamente esas memorias, inéditas todavía cuando ellos murieron. Fue a partir del momento en que vieron la luz cuando cabe hablar de una crítica de las mismas «con conocimiento de causa». Para algunos, como Louis Villat en *Napoléon*, destilan un claro *parti pris* contra el emperador. Más equilibrada resulta la opinión del que ha sido uno de los mejores estudiosos de este texto, Charles Kunstler: «Con demasiada frecuencia Madame de Rémusat desnaturaliza los actos, los pensamientos e incluso las intenciones del emperador. Abundan los errores, a veces involuntarios, y las contradicciones en sus memorias. No faltan las calumnias ni la maledicencia».

cia». Digamos en defensa de la autora que Madame de Rémusat no tubo tiempo de acabar sus memorias ni de revisarlas en profundidad, como suelen hacer los autores conscientes. La muerte la sorprendió a los cuarenta y un años, cuando seguramente imaginaba que su vida iba a prolongarse mucho más. Es posible también que la idea de que aquello no iba a publicarse en vida de la autora (y por tanto no iba a ser objeto de un juicio público), la indujo a un cierto desaliño a la hora de redactar.

Convertida en esposa de un prefecto de la Restauración (primero de Haute-Garonne y luego del Norte), es capaz de poner negro sobre blanco con una exactitud asombrosa larguísima diálogos escuchados quince años atrás, aunque con una unidad de estilo sospechosa, como si siempre fuera una sola voz la que recitase todos los roles. Cuando ella asoma personalmente en la historia recordada, como en el caso de la conspiración de Cadoudal, Polignac, Rivière y Moreau, su intervención se ensancha hasta extremos insospechados. Asombra también la facilidad con que pasa, casi sin transición, de los momentos de mayor gravedad política a las anécdotas de corte.

Tampoco ahorra digresiones y generalizaciones y le encanta moralizar. Cuando se mete en honduras filosóficas, políticas o sociales, no se echa atrás. Estos momentos suelen ir ligados a duras críticas contra el poder personal de Bonaparte. Pero ¿qué sabía ella de la libertad que echa de menos, esa libertad encadenada en tiempos del Consulado y el Imperio? Cuando Madame de Staël echa en cara a Robespierre, al Directorio o a Napoleón su despotismo (y lo hace desde su *De la Littérature*, publicada en 1800), parte de una imagen de la libertad que, aunque un tanto idealizada, se ha materializado ya en la historia del mundo a través de la Constitución escrita de los Estados Unidos de América y la no escrita de Inglaterra, que conoce muy bien. Su padre las admiraba mucho y quiso implantar algo muy parecido en Francia desde el inicio de la Revolución.

Lo que nuestra memorialista echa de menos resulta mucho más vago y «casero». En su repetido anhelo de una «razón ge-

nerosa» y «una política noble y pura» y en sus diatribas contra el poder arbitrario de Bonaparte no estaba poniendo por escrito las opiniones que había sostenido durante el Consulado y el Imperio, épocas de éxito e influencia del matrimonio Rémusat, sino lo que ella quería creer que había pensado cuando aquel pasado tan placentero fue estigmatizado de un día para otro.

Para saber qué pensaba en aquellos tiempos de «brillante esclavitud» hay que recurrir a algunas reflexiones medio inconscientes que afloran a veces en sus memorias, pero sobre todo en las cartas que a lo largo de todos aquellos años escribió a su marido.

Hasta 1808, es decir, hasta la caída en desgracia de su gran amigo Talleyrand, las cartas de la mujer testimoniaron siempre una enorme admiración por la figura de Bonaparte, algo nada difícil a la vista del rosario de victorias que iba acumulando.

El 18 de septiembre de 1804, por ejemplo, dirigiéndose a su marido que se hallaba a la sazón en Mainz, escribe: «Desearía que no te faltasen nunca esas amables sonrisas del amo que tanto te consuelan. No te disgusta amar esas sonrisas y yo te felicito si recibes algunas».

En agosto de 1805, al tiempo que Austria se unía a la Tercera Coalición, Bonaparte levantó el campo de Boulogne<sup>10</sup> y, mientras Josefina partía a Estrasburgo, donde el emperador lo había dispuesto todo para recibirla, Napoleón se llevó a su ejército para combatir a los austriacos. En estas circunstancias Rémusat escribió a su marido el 13 de septiembre de 1805:

---

<sup>10</sup> En Boulogne-sur-Mer, al borde del canal de la Mancha, Napoleón Bonaparte había reunido entre 1804 y 1805 la Grande Armée, unos 180.000 hombres, con el objeto de invadir desde allí Inglaterra, un plan que vieron truncado por la derrota de la flota combinada franco-española en la batalla de Trafalgar. Posteriormente, el ejército allí reunido sirvió en las guerras de Napoleón en Austria.

Nuestra nación tan alabada, tan soberbia, ha sido también siempre inconsecuente y a veces tan injusta y cruel como muchas otras. Lo he pensado tras hacer una breve reflexión: después de todos los excesos a los que se ha lanzado, *se ha mostrado la menos adecuada para ser gobernada por ideas liberales*. Me he atrevido a decir esto a un viejo amigo nuestro (el abad Morellet). ¡Si supieras cuánto me ha reprochado que le hubiera cogido gusto al despotismo!

Tras las primeras victorias de Bonaparte, el 17 de octubre de 1805 Rémusat no puede callar su extrema admiración por el que se llamó «el Hombre del Destino»:

¿Quién iba a cansarse de admirar el genio que ha ordenado este hermoso plan de campaña si el emperador no nos hubiera ya acostumbrado desde hace tiempo a no asombrarnos ante ninguna de sus hazañas? La alegría es general, la malquerencia no se atreve a asomar la cabeza y reconozco que me complace ver cierto embarazo en algunas personas a la fuerza tontas que no se alegran de esta gloria nacional. Nos felicitamos por su éxito... ¡Ojalá permitan regresar al emperador cuando antes! Digo como nuestra amiga, Madame de Sévigné, y desde el fondo de nuestro corazón: «¡Que Dios nos lo conserve!».

La frase de Madame de Sévigné, fallecida en 1696, hacía referencia a Luis XIV, la «bestia negra» de Madame de Staël como lo fue luego Bonaparte. Tras la victoria de Austerlitz el 2 de diciembre de 1805, el entusiasmo de la dama no para de crecer. Compara a Bonaparte con los grandes guerreros de la antigüedad y no duda en afirmar que, a su lado, César y Alejandro hubiesen parecido «tenientes». El 18 de diciembre se supera a sí misma:

¡Las alabanzas resuenan por doquier y las personas que hemos visto más reacias a reconocer sus méritos se sienten obligadas ahora a deponer las armas y a decir, como el emperador de Rusia:

«¡Es un predestinado!». Antes de ayer, en el teatro, acompañé a la princesa Luis (Hortensia de Beauharnais, futura reina de Holanda, esposa de Luis Bonaparte) para asistir a la lectura de diversos boletines. Las salas estaban llenas porque el cañón había anunciado por la mañana alguna novedad, y todo se escuchó con la máxima atención y se aplaudió con unos gritos que no había oído nunca. Lloré con todas mis fuerzas durante todo el rato y pienso que si el emperador se hubiese presentado en aquel momento me habría arrojado a su cuello aunque luego hubiera tenido que pedirle perdón de rodillas.

En términos parecidos se expresará en las cartas que envía a su esposo a Berlín con motivo de las victorias sobre Prusia en Jena, Auerstadt, Erfurt, Halle, Spandau, Berlín, Stettin, Lübeck, Hamburgo, Bremen, etc. Es en Aquisgrán donde Madame de Rémusat se entera de la victoria de Friedland (14 de junio de 1807), la entrevista de Tilsit (25 de junio de 1807) y los tratados de paz entre Francia, Prusia y Rusia (7 y 9 de julio). Y el 26 de julio del mismo año todavía escribe a su querido esposo: «Creo que el emperador ya está en París. Esta noche he soñado que volvía a verlo y que me lanzaba a su cuello».

Entre el tratado de Tilsit y la victoria de Wagram (6 de julio de 1809), que abrió a Napoleón las puertas de Viena, apenas pasaron dos años, pero en este tiempo el entusiasmo de los Rémusat se enfrió notablemente. El culpable de ello fue, sin lugar a dudas, su amigo y confidente Talleyrand, quien «les abrió los ojos». El emperador se dio cuenta y manifestó su descontento al marido, aunque no le quitó su cargo de primer chambelán de la corte imperial y superintendente de los teatros de la capital. Por otra parte, para entonces Napoleón se había divorciado y retirado al Trianon, algo que alejaba a Rémusat de su principal protectora, la ahora exemperatriz Josefina. En una carta de finales de diciembre de 1809 dirigida a su esposo, Claire de Rémusat se hace cargo de la nueva situación y, aunque trata de buscar una reconciliación, no se asusta ante la posibilidad de «reinventarse» si las circunstancias lo exigen:

No es imposible que en la soledad del Trianon halles un momento para hablar con el emperador de ciertos detalles que sirvan para devolverte su confianza y no debes dejar nada al azar para intentar una justificación necesaria en relación con los otros departamentos de la administración que están a tu cargo... Si el emperador quiere escucharte, te esperan otra vez horas tranquilas, pero si el tiempo de los favores se nos ha terminado, no te inquietes por mí: sabré hallar una vida distinta para ambos con toda la resignación que puedas desear.

Es muy probable que la listísima Claire de Rémusat intuyera que el mundo de Bonaparte ya empezaba a pertenecer al pasado y que el futuro prometía alumbrarse bajo un nuevo nombre con el que sí podía contar: el de Talleyrand, príncipe de Benevento. No se equivocaba y, gracias a ello, los Rémusat pudieron «reinventarse» con pasmosa facilidad pasados los Cien Días.

\*

Poco tiene que ver la imagen del emperador que aparece en las memorias con la que se desprendía de las cartas que Madame de Rémusat remitía al bueno de Monsieur de Rémusat, escritas siempre con el miedo de que podían caer en manos oficiosas para comprobar si los extremos de lealtad que aquel matrimonio tan adicto se esforzaba en prodigar eran sinceros o no. Cuando los cielos se nublaron (por seguir con la cita de Ovidio), los Rémusat, que lo debían todo a Josefina y a Napoleón, no se creyeron obligados a pagar ninguno de los infinitos favores recibidos. ¿Fueron traidores? Quizá «traidor» no sea la palabra adecuada, pero lo cierto es que esas memorias son ante todo «un alegato para justificar su ingratitud y su cambio de chaqueta cuando el imperio se fue al traste» (Ch. Kunstler).

Para empezar, el emperador deja de ser «el emperador» y se convierte en *Bonaparte*. He aquí cómo, para no contradecirse, empieza a pintarnos el personaje que fue durante casi un

cuarto de siglo dueño de Francia y de media Europa y protector decidido de la autora y su marido:

Estoy muy lejos de haberlo visto siempre bajo el mismo aspecto con el que lo veo hoy. Mis opiniones han hecho camino con él; pero siento que mi espíritu está tan lejos de los ataques de una recriminación personal que no me parece posible apartarme de la medida que debe siempre acompañar a la verdad.

Esta verdad se deja ver en todo: en la descripción física de su víctima («bajo y desproporcionado, de cabellos ralos, mentón corto y mandíbula cuadrada», etc.), en la de su carácter irascible, propenso a unos ataques de cólera «violenta y positiva» que aterrorizaba a sus subordinados, poco dado a sonreír, aunque su sonrisa era ciertamente «seductora» como la de la serpiente del paraíso... Por lo demás, «falto de educación y de formas», ignoraba «cómo se entra y se sale de una habitación, cómo se saluda, como uno se levanta o se sienta», y su alma grosera desconocía «la generosidad y la verdadera grandeza». A sus ojos, la virtud era ridícula y la auténtica superioridad de los hombres residía en su capacidad para mentir bien.

Dice Rémusat que Napoleón despreciaba a las mujeres, las cuales, a su juicio, «solo sabían impresionar a los hombres con el *rouge* y las lágrimas». Carecía de sentimientos profundos, y si alguna vez llegó a llorar, lo hizo de modo pasajero y como consecuencia de «una especie de irritación nerviosa» que a veces se apoderaba de él. Aunque le reconoce una inteligencia natural notable, cuando se refiere a su cultura miente al afirmar que «en el fondo es un ignorante porque ha leído muy poco y siempre precipitadamente». La afirmación es absolutamente falsa, porque Napoleón fue un lector voraz toda su vida<sup>11</sup>.

---

11 Explica uno de sus biógrafos clásicos, J. Savant, que en El Cairo, durante la campaña de Egipto, leyó más que nunca porque los días eran

A veces la autora se contradice y en un punto de sus memorias afirma que siempre le escuchaba hablar con gran placer, aunque no hablara bien del todo, porque «su lenguaje era por lo general animado y brillante e incluso sus irregularidades gramaticales lo dotaban de una forma inesperada perfectamente sostenida por la originalidad de sus ideas». Con todo, el tema favorito de Napoleón fue siempre él mismo, defecto muy extendido entre los hombres importantes.

Otras veces cae en la bajeza de repetir e inmortalizar insinuaciones odiosas de la prensa inglesa contra el odiado *Bonnie* de los caricaturistas británicos, que Josefina repetía en sus ataques de celos y la esposa y la suegra del general Moreau, dos perfectas intrigantes, no dudaban en ratificar y difundir. Se decía que Bonaparte era un auténtico depravado sexual capaz de dejarse arrastrar por las pasiones más vergonzosas, y no solo con mujeres. Esas murmuraciones le atribuían, entre otras hazañas, la seducción de todas sus hermanas así como la de su nuera, Hortensia de Beauharnais, y la paternidad de Napoleón-Charles, el hijo mayor de la reina de Holanda y su hermano Luis, algo que, atendida la agenda de los protagonistas del regio vodevil y con el calendario en la mano, se ha comprobado como absolutamente imposible.

largos y el calor apretaba imposibilitando cualquier tipo de actividad que exigiera esfuerzo físico. Allí leyó catorce volúmenes de ciencias y artes, treinta y nueve de geografía y viajes, mucha poesía (tenía más de sesenta volúmenes de verso), algunas novelas (con una notable predilección por las inglesas, de las que pidió cuarenta), obras de política (desde Maquiavelo, cuyo *Príncipe* comentó, hasta Montesquieu), la Biblia (que se convirtió en una de sus lecturas predilectas en los días de Santa Elena), el Corán, y de historia... Aún suponiendo que Savant exagere, la afición a la lectura de Napoleón fue un auténtico vicio. Madame de Staël nos recuerda su entusiasmo juvenil por el *Werther* de Goethe, que decía haber leído varias veces, y por los poemas pseudogaélicos de Ossian, tan de moda en la segunda mitad del siglo XVIII y en el primer romanticismo. (*Napoléon et les Madames*, Paul Ollendorff Editeur, París, 1896.)

Tampoco Josefina Bonaparte sale muy bien parada de la pluma de Rémusat. La pinta como una perfecta criolla: inculta, frívola, perezosa, coqueta y malgastadora. Pero su gracia y su bondad infinitas, que a tantos exiliados de los tiempos del Terror y a sus angustiadas familias favorecieron, la redimen a sus ojos. El hecho de convertirse en emperatriz no modificó ni un ápice su manera de ser ni sus hábitos de criolla.

\*

El interés de estas memorias en su versión completa es, a veces, relativo. Sin embargo, según podrá comprobar el lector en la presente antología, numerosos momentos resultan un verdadero tesoro de psicología y sentido del humor. A veces son auténticas instantáneas del emperador y su extraña familia con un valor casi periodístico en unos tiempos en los que no se habían inventado la fotografía ni los *papparazzi*. La descripción de la coronación en Notre Dame y sus incidencias es un auténtico reportaje digno del mejor *papier couché* que ni el pincel de David podía captar.

Ocurre como con las célebres memorias del príncipe de Ligne, cuarenta volúmenes publicados a cuenta del autor que llenaban varios estantes de su casa de Viena y que nadie quería leer ni mucho menos comprar. Pero el buen hombre tuvo la suerte de que cuando Madame de Staël estaba en Viena fuera a visitarlo. Ambos congeniaron. El anciano mariscal, el perfecto retrato del ilustrado dieciochesco (había cumplido ya los setenta y cinco años), tenía una enorme experiencia del mundo, de la guerra y del amor, y pudo ofrecerle la mejor conversación del lugar. Germaine le pidió consejo para la obra que estaba escribiendo sobre Alemania y le preguntaba sin parar por sus *Souvenirs*, la obra de su vida que a nadie parecía interesar a pesar de ser «objetivamente brillante». La baronesa le pidió el manuscrito y consiguió hacer publicar una hábil selección bajo el título de *Lettres et pensées* que ha asegurado a su autor el paso

a la posteridad. En un tiempo récord fue traducida al inglés y al alemán y, en Francia, fue reeditado cinco veces consecutivas.

Cierto escritor del siglo XIX comparaba las memorias de Ligne a una bolsa de moneditas entre las cuales cabía hallar piezas «del oro más fino», que la intuición de la de Staël supo descubrir y salvar para la posteridad. El autor de la presente selección y traducción espera que pueda decirse lo mismo de lo entresacado de las abrumadoras 1.200 páginas de recuerdos y análisis psicológicos de las memorias de Madame de Rémusat.